



1

Al principio creemos que es un niño como nosotros. Pero es que es normal que lo pensemos. ¿Qué vamos a pensar, si no? Aparece un lunes por la mañana, la última semana del trimestre de Pascua, en plena asamblea. La Sra. Hoolihan la dirige. Vemos que está ilusionada por algo. Lleva un traje de *tweed* verde y lustrosos zapatos negros de tacón, y el pelo teñido y rizado. No deja de lanzar miradas a la puerta del fondo del salón de actos, como si estuviera esperando que fuera a abrirse de un momento a otro.

Nos da la típica charla sobre lo terrible que es el *bullying*.

–¿Estáis de acuerdo? –nos pregunta.

Claro que estamos de acuerdo.

–¡Sí, señora Hoolihan!

¿Qué vamos a decir, si no?

Yo estoy sentado con Maxie Carr, como siempre. Estamos haciendo algo que solemos hacer, que consiste en responder a todo con

gruñidos, como si fuéramos animales, o como si no supiéramos articular.

–¡I EE OO AA UU I A! –gruñimos.

Maxie hunde los hombros, con las manos colgando como si fuera una especie de simio.

–Así es, niñas y niños –añade la Sra. Hoolihan–. Debemos tratar bien a todo el mundo, sobre todo a las personas que han tenido menos suerte en la vida, o a aquellas que lo han pasado mal. ¿Tengo razón o no?

–Sí, Sra. Hoolihan.

–¡I EE OO AA UU I A!

Vuelve a mirar a la puerta. Ninguna novedad. Parpadea y frunce el ceño y sonrío y da unos golpecitos en el aire con un dedo y mira al Sr. McKenna, que empieza a aporrear el piano. La Sra. Imani también está presente, con la sencilla orquesta que ha reunido. Los intérpretes se ponen a serrar los violines, a hacer chirriar las flautas y a golpear las panderetas.



La Sra. Hoolihan abre los brazos de par en par.

–Ahora, niños y niñas, ¡liberad esas voces!

–exclama–. ¡Cantad bien alto! ¡Bien alto!

Y levanta la cabeza mirando al techo.

–¡Alzad esas voces al cielo!

Y entonamos la canción que cantamos los lunes por la mañana:

Todas las cosas espléndidas y hermosas,
criaturas pequeñas y grandiosas,
todas las cosas sabias y maravillosas,
el Señor las creó con toda su gracia y gloria.

Los pequeños de la primera fila cantan alto y con voz dulce, como siempre. Maxie y yo cantamos aspirando las palabras, como si fuéramos fantasmas o como si fuéramos a graznar en cualquier momento:

–OA A OA EEIA I EOAA...

Unos niños al lado de nosotros sueltan unas risillas nerviosas. Nuestro profesor, el Sr. Sage,

que está sentado al final de la misma fila, nos fulmina con la mirada.

La Sra. Hoolihan mueve los brazos con delicada soltura, dirigiéndonos a todos. Entonces la puerta del fondo se abre de golpe. La Sra. Hoolihan da un respingo, pero enseguida abre los brazos a modo de bienvenida, para recibir a una mujer y un niño, que entran en la sala. Nos hace una seña con las manos para que sigamos cantando, y luego a la pequeña orquesta para que siga tocando. A continuación, saluda a la mujer y al niño. Señala los bancos como si los invitara a sentarse. Y se sientan. Levanta suavemente las manos hacia ellos, como si los instara a unirse a cantar. Pero no lo hacen. La mujer y el niño permanecen sentados sin abrir la boca. Se limitan a mirarnos sin moverse de su sitio.

Al fin, llegamos a la última parte de *Todo lo creó el Señor*. Para entonces, Maxie y yo estamos gruñendo como dos cerdos moribundos y tarados. El Sr. McKenna hace unas cuantas florituras más y aporrea las teclas del piano con las últimas notas. Los violinistas, flautistas y pandereteros dejan de tocar en seco.

La Sra. Hoolihan aplaude, diciendo:



–¡Oh, ha sido realmente maravilloso, niños!
–Y añade con una sonrisa de satisfacción–: ¡Sí, así es, el Señor las creó todas!

Se agacha para susurrar algo a la mujer sentada en el banco. La mujer sonríe ligeramente, y hablan en voz baja un rato. Entonces la Sra. Hoolihan le da la mano al niño y lo acompaña al frente para que todos podamos verlo bien y que él también pueda vernos bien a nosotros.

–Él es el chico nuevo –dice.

Nos mira con una gran sonrisa. Esto es lo que estaba esperando.

Todos nos quedamos mirando al niño. Es muy pálido. Va muy arreglado. Es más bajito que yo. Lleva unos pantalones de color azul marino, una camisa azul celeste y unos relucientes zapatos negros. Tiene el pelo muy rubio, y lo lleva cepillado a ras de la cabeza.

–Se llama George –dice la Sra. Hoolihan–. Saludad todos a George.

–Hola, George –dice todo el mundo.

–O A IOR –decimos Maxie y yo.

George no responde. No parece nervioso. Tampoco sonríe.

–Bienvenido, George –dice la Sra. Hoolihan–, a la Escuela de Primaria Darwin Avenue.

El niño la mira fijamente, luego nos mira a nosotros.

–Esperábamos la llegada de George para la semana pasada –prosigue la Sra. Hoolihan. Abre mucho los ojos y le sonríe–. Pero por lo visto aún no estabas preparado, ¿verdad, George? Pero mira, ya estás aquí, y esta última semana del trimestre eres un regalo para todos nosotros.

George no dice nada.

La Sra. Hoolihan se inclina y lo mira de cerca.

–Es un niño maravilloso, ¿no os parece?

–Sí, señorita –dicen algunos.

–I EOIA –decimos Maxie y yo.

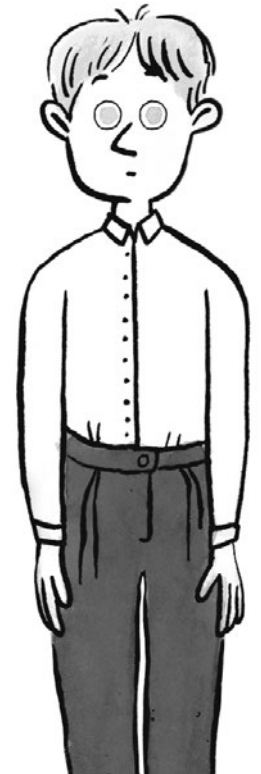
–Excelente. Muy bien, niñas y niños.

George estará con nosotros muy poco tiempo, así que hacedle sentir a gusto. Procurad que esté al corriente de cómo funcionan las cosas y de todos los chismes y de quién es quién, y todas esas cosas. Sé que lo haréis muy bien. ¿Verdad que sí?

–¡Sí, señorita!

–¡I EOIA!

La Sra. Hoolihan nos sonríe de oreja a oreja.



–Excelente. Procurad que el tiempo que pase aquí sea inolvidable. Irá a la clase del Sr. Sage.

Maxie y yo nos damos un codazo. Es nuestra clase.

–Y ahora, niños y niñas magníficos y hermosos, docentes sabios y maravillosos, todos a clase.

2

De camino al aula, pasamos por delante del despacho de la Sra. Hoolihan. Está dentro con George y la mujer. La mujer va vestida con un traje color crema. Tiene en las manos un bolso de piel negro abierto, y la Sra. Hoolihan se inclina para mirar lo que hay dentro. George simplemente está allí, plantado, mirando al pasillo, al otro lado de la puerta abierta. Maxie lo saluda levantando los dos pulgares; George no reacciona. Su cara es inexpresiva.

–Parece un niño de lo más divertido –dice Maxie.

–¡Ah, Daniel! –me llama la Sra. Hoolihan.

Me paro en seco. Me acerco a la puerta.

–¿Sí, Sra. Hoolihan? –digo.

Me hace una seña para que entre en su despacho. Entro.

–Te presento a la señorita Crystal –dice.

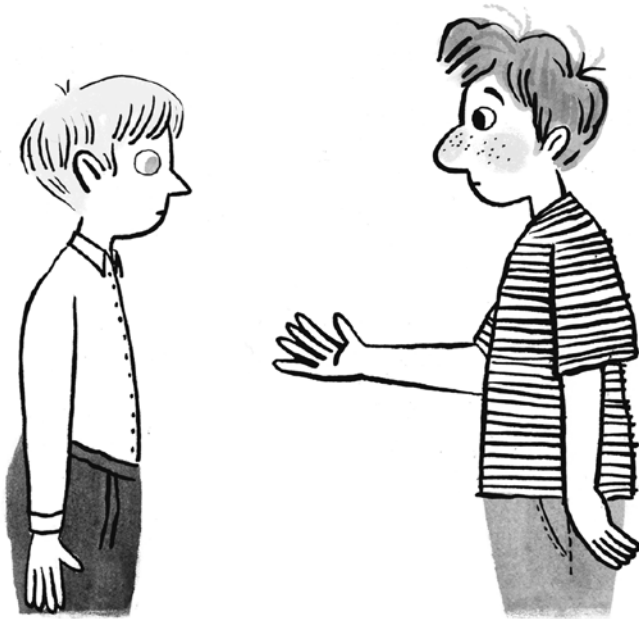
Saludo. La señorita Crystal me sonrío con amabilidad y me dice que está encantada de conocerme.

–Y este es George –añade la Sra. Hoolihan.

–Hola –saludo, y le tiendo la mano, porque sé que es lo que a la Sra. Hoolihan le gustaría que hiciera. George se queda mirando mi mano.

–Dale la mano a Daniel –lo insta la señorita Crystal.

George extiende la mano y me la da. Me mira a los ojos. Los suyos son de color azul claro.



–Y dile «hola, George» –dice la señorita Crystal.

George no dice nada.

La señorita Crystal me sonríe y susurra algo al oído de George.

–Hola –dice George.

Tiene una voz monótona. Y no sonríe.

–Muy bien, George –dice la señorita Crystal.

Esta me mira asintiendo con la cabeza, como si también me lo hubiera dicho a mí. Entonces escribe algo en un formulario.

–¿Serías tan amable de acompañar a George a tu clase? –me pide la Sra. Hoolihan–. El Sr. Sage lo está esperando.

–Por supuesto, dire.

La directora levanta una ceja.

–Por supuesto, señora Hoolihan –corrijo.

–Muy bien. Gracias. Pues ya os podéis ir.

La señorita Crystal apoya una mano sobre el hombro de George y lo guía hacia mí.

–Gracias, Daniel –dice–. Eres un encanto.

Salgo con George al pasillo.

–¿Es tu mamá? –le pregunto.

George no dice nada. Yo tampoco.

Pasamos por delante de otras clases. Los alumnos se están sentado en los pupitres, como todas las mañanas. Es tan extraño. ¿Por qué hacemos lo mismo todas las mañanas sin excepción? Entramos en fila, nos reunimos en la asamblea, de pie, escuchamos la misma música, cantamos las mismas canciones, nos sentamos

ante pupitres cuadrados en clases cuadradas para escuchar a profesores cuadrículados. ¿Cómo es que nadie se da cuenta de lo extraño que es todo esto? ¿Por qué todos actúan como robots? Es como si Maxie y yo fuéramos los únicos que se dan cuenta de lo extraño que es todo.

–¿La escuela de la que vienes es así? –pregunto a George.

No me contesta. Supongo que sí. Que yo sepa, todas las escuelas son iguales. Extrañas. Maxie y yo tenemos unas ganas locas de que acabe el trimestre, de ser por fin libres. Iremos al bosque de Cogan. Y jugaremos y correremos como salvajes. ¡El bosque de Cogan! Apenas queda a unas pocas calles de aquí. Se llega a través de los pasajes y callejones que hay entre las casas. Pero es como estar en un mundo completamente distinto. ¡Libertad! Nos morimos de ganas de ir.

–¡George! –digo al llegar a la puerta de la clase–, ¿has estado alguna vez en el bosque de Cogan?

Me mira.

–El bosque de Cogan –repito–. Es genial. Es brutal.

–Un bosque es un terreno poblado de árboles –dice.

–Es verdad –respondo.

–*Mamá* es un nombre coloquial para *madre* –dice.

Me paro y me vuelvo hacia él.

–¿Eh?

–Una mujer que ha concebido o parido un hijo.

Qué raro: casi no mueve la boca al hablar.

–Vale –digo.

Quiero preguntarle algo más, pero el Sr. Sage abre la puerta de pronto.

–¡Hola, George! –saluda–. Bienvenido a tu nueva clase, muchacho.